

PRESENTACIÓN

El libro que presentamos reúne una serie de capítulos centrados en los siglos medievales que van dirigidos a todos aquellos estudiosos que deseen conocer en su conjunto lo acontecido durante este trascendental período de la Historia en Europa y en otros territorios vinculados al espacio mediterráneo, y, de un modo específico, para los estudiantes que cursan el Grado de Historia del Arte en la UNED, con el objetivo de que les sirva de base para su posterior formación en el ámbito histórico y artístico, pues consideramos que es imprescindible para cualquier estudioso conocer el espacio histórico, en sus ámbitos políticos, sociales y económicos en el que se creará una obra de arte.

Con tal fin, se fijan una serie de conocimientos básicos que el estudiante debe poseer para alcanzar una mejor y más amplia comprensión de lo sucedido, entre los que podemos mencionar:

- Conocimiento general del período medieval, su ámbito cronológico y sus subdivisiones internas.
- Conocimiento de los principales acontecimientos y hechos históricos que se produjeron y que, sin duda alguna, marcaron el devenir de cuanto fue sucediendo a lo largo del tiempo, así como la aptitud requerida para saber interrelacionar unos acontecimientos con otros.
- Capacidad para comprender y valorar el desarrollo histórico-artístico de épocas anteriores y captar en qué manera su influencia se dejó sentir en los siglos medievales, que le sirvan de base para comprender, posteriormente, su propia evolución y trascendencia en los siglos venideros.
- Facultad para manejar las fuentes bibliográficas que le permitan ampliar o completar aspectos de la Historia Medieval europea y su relación con los países mediterráneos.

En relación con lo hasta aquí expuesto, hemos considerado que el estudiante a lo largo de su aprendizaje debe alcanzar los siguientes resultados:

- Conocimiento de los hechos e instituciones más relevantes que caracterizaron a los siglos medievales, de manera especial el papel trascendental que desempeñó la Iglesia, y su repercusión en la evolución política de Oriente y Occidente; así como, el desarrollo y las prin-

cipales transformaciones que se produjeron en el ámbito socio-económico que tuvieron su repercusión en la sociedad medieval, en su forma de vida y en su desarrollo; o la formación de grandes dinastías en el gobierno territorial europeo.

- Capacidad para comprender la trascendencia de lo ocurrido y poder apreciar con mayor comprensión su evolución y desarrollo, en algunos aspectos, hasta los momentos actuales, pues solo el conocimiento del pasado permite comprender la realidad presente; todo ello a través de una síntesis en la que denotará la capacidad de comprensión de los hechos más relevantes, que serán expuestos en unas claras y estructuradas conclusiones.
- Y de manera especial, despertar el interés para la búsqueda de conocimientos complementarios a través de datos bibliográficos y también mediante las posibilidades que le ofrecen las nuevas tecnologías.
- Comprender la importancia que tuvo lo acontecido en los siglos medievales en la formación de Europa.

Para una mejor comprensión de la evolución de lo sucedido a lo largo de los siglos medievales, se ha estructurado la materia en diversos capítulos que podemos encuadrar en la tradicional división de los siglos medievales:

1. FORMACIÓN DE LOS SIGLOS MEDIEVALES que podíamos denominar la Antigüedad tardía, Tardoantigüedad, o Alta Edad Media, que, grosso modo, abarcaría los siglos IV a X, y que comprendería los siguientes capítulos:

Capítulo 1. De la Antigüedad tardía a los siglos medievales.

Capítulo 2. La Iglesia Cristiana.

Capítulo 3. El Imperio Romano de Oriente. Bizancio.

Capítulo 4. Evolución del Imperio en Occidente. Del Imperio Carolingio a los Otónidas.

Capítulo 5. La Península Ibérica en los siglos medievales. Los reinos cristianos.

2. LA PLENITUD MEDIEVAL, siglos XI-XIII:

Capítulo 6. El desarrollo económico: factores generales. El renacimiento urbano.

Capítulo 7. La evolución política: Imperio y Papado, Monarquías occidentales. Las Cruzadas. Bizancio de los siglos XI al XV.

Capítulo 8. La formación del Imperio Islámico. El Islam andalusí.

Capítulo 9. La renovación eclesiástica y el apogeo de la cultura medieval: las Universidades.

Capítulo 10. La sociedad en la Europa medieval: organización y vida cotidiana.

3. DE LA EDAD MEDIA AL RENACIMIENTO o BAJA EDAD MEDIA, siglos XIV y XV:

Capítulo 11. De la crisis a la expansión: población, agricultura, desarrollo urbano y comercial.

Capítulo 12. La vida política: Francia e Inglaterra. La Guerra de los Cien Años.

Capítulo 13. La vida política: el territorio imperial y la península italiana.

Capítulo 14. La Iglesia y la religiosidad bajomedieval. Las herejías.

Capítulo 15. La cultura a finales de la Edad Media. La expansión europea hacia otros mundos.

Del desarrollo de los capítulos 1 al 5, correspondientes a la primera parte; y del capítulo 8 que se ocupa de la Historia del Islam; así como del capítulo 10 relativo a la Sociedad europea, se ha ocupado la profesora Paulina López Pita.

Por otra parte, el profesor Manuel F. Ladero Quesada ha redactado los capítulos correspondientes al desarrollo económico, la evolución política y los aspectos eclesiásticos de la plenitud medieval (capítulos 6, 7 y 9) y los correspondientes a la Baja Edad Media (capítulos 11 al 15).

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LOS SIGLOS MEDIEVALES

1. Importancia del estudio de la Edad Media

La Edad Media, período que abarca desde los siglos V al XV en que tradicionalmente se ha dividido el estudio de los acontecimientos históricos, ha tenido hasta hace poco tiempo y en algunos lugares aún perdura una connotación peyorativa, aún hoy oímos decir que “estamos volviendo a la Edad Media”, lo que implica regresar a una época de atraso, crueldad, ignoran-

cia, incultura, terror, en suma a la “edad de las sombras” y de las “tinieblas”, tópico injusto que surgió a partir del siglo XV y que debemos olvidar, simplemente si recordamos, entre otros muchos aspectos, que en los siglos medievales se construyeron las catedrales, nacen las primeras universidades, viven y escriben grandes intelectuales.

Todo ello es una leyenda que procede del Renacimiento que definió estos siglos como un período “intermedio” entre la cultura antigua y su renacimiento posterior, es decir, como si se hubiera producido un “vacío” en el que no se hubiese producido nada, un espacio sombrío. La Edad Media fue objeto de duras críticas desde el Renacimiento, actitud que se mantuvo durante los siglos XVII y XVIII, siendo buena prueba de ello las manifestaciones hechas por autores tan relevantes como Rabelais, Montaigne, Ludovico Ariosto o Cervantes. A finales del siglo XVI, el obispo inglés Gilbert Burne (m.1569) escribía acerca de los siglos medievales: “Diez siglos en los que la ignorancia había sepultado toda forma de saber”. Concepto que pervivía en el siglo XVIII, cuando Ludovico Muratori, eclesiástico italiano, escribía en su prefacio al primer volumen de las *“Antiquitates italicae medii aevi”*, publicado en 1738, que: “antes del Renacimiento ya era mucho si la cosa se limitaba a descuidar los documentos y monumentos de la barbarie y no se procedía a destruirlos”. Poco tiempo después, Johan Herder, filósofo y teólogo alemán, afirmaba en 1773: “finalmente se produjo, como sabemos, la resolución, el desenlace, la larga noche eterna comenzó a iluminarse con las primeras luces del alba y surgió la reforma, el renacimiento de las artes, de las ciencias y de las costumbres”. Todavía a finales de ese siglo, Saverio Bettinelli, jesuita y escritor italiano, comparaba sus días “ilustrados, urbanos y activos” con las “tinieblas medievales” de las que había comenzado a escapar el hombre con el “resurgir italiano en los estudios, artes y costumbres”.

A partir del siglo XIX se produce un cambio en torno a esta valoración negativa de los siglos medievales; de manera especial, cuando el escritor pisano Constantino Batín publica en 1823 su obra *“Apología di secolì barbari”* y en ella ataca las ideas defendidas por Bettinelli. El romanticismo fue, en cierto modo, una especie de Renacimiento medieval en el que se redescubrió la grandeza de los siglos medievales, y produjo un nuevo estímulo en numerosos investigadores que fijarán su atención en el estudio de la época medieval. En este sentido cabe recordar la publicación en Alemania, en 1826, de los *Monumenta Germaniae Histórica*, una de las colecciones de textos medievales más importantes de todos los tiempos. La época romántica conoce el nacimiento de numerosos centros e instituciones de investigación histórica, como L'École de Chartres en 1821; al tiempo que, poetas, escritores y artistas encuentran en la Edad Media una inagotable fuente de inspiración. No obstante, hay que tener también presente que el entusiasmo sentido por los hombres del romanticismo condujo a dar, a veces, una imagen

distorsionada del Medievo. A pesar de estas manifestaciones, todavía en el año 1872 el *Diccionario General de las Letras* explicaba el término “Renacimiento” de esta forma: “El término Renacimiento (Rinascitá) lo utilizó por primera vez Vasari a mediados del siglo XVI. Las artes y las letras, que parecían haber sucumbido en el mismo naufragio que la sociedad romana, florecieron de nuevo, y, tras diez siglos de tinieblas, brillaron con nuevo esplendor”.

Sin embargo, el estudio y el conocimiento de lo que en esos siglos sucedió nos hará descartar ese concepto y nos ayudará a comprender lo que aconteció y su importancia para entender la esencia misma de Europa y la actualidad.

Son muchos los historiadores que han demostrado a través de sus escritos los orígenes medievales de Europa, en los que desempeñó un papel importante la difusión del cristianismo que dio a los occidentales una conciencia común por encima de las fronteras que les podían separar físicamente. Recordemos las palabras que Marc Bloch dijo en 1934: “El mundo europeo, en tanto que Europeo, es una creación de la Edad Media que casi simultáneamente, rompió la unidad, al menos relativa, de la civilización mediterránea y lanzó, mezclados en el crisol, los pueblos antaño romanizados con los que Roma no había conquistado nunca. Entonces nació Europa en el sentido humano de la palabra”.

Es indudable que Europa no constituye una unidad geográfica como es el caso de África o Australia, ni tampoco racial, sino que es el resultado de un largo devenir histórico y de un lento desarrollo espiritual en opinión del profesor Esteban Pujals, quien recuerda los elementos fundamentales de la formación de Europa que señala Christopher Dawson: la tradición científica de la Grecia clásica, sin la cual, la cultura europea sería inconcebible; el genio político unificador de Roma, a través de una lengua de cultura, un derecho común y un acertado sistema de comunicaciones; la religión cristiana que dio impulso a un nuevo elemento espiritual; y el impulso radical de los pueblos bárbaros, que dieron lugar a una mezcla racial y cultural de gran trascendencia, así como a la formación de países que aún perviven como tales.

Por otra parte, el contacto que mantuvo Europa occidental con el mundo bizantino e islámico ejerció una influencia decisiva en su formación y en la cultura medieval. A finales de la Edad Media, Europa se volvía de espaldas a Oriente, conquistado por los turcos, y comenzaba a mirar hacia el Atlántico.

Por otra parte, los siglos medievales dejaron una preciosa herencia en la Europa de hoy día. La Edad Media fue una época de intensa creación del Derecho, una de las primeras universidades que se fundaron, la de Bolonia, enseñaba principalmente Derecho, y su fama fue tal que se convirtió en el lugar principal al que acudían todos los estudiosos de esta materia. De los siglos medievales parte la clasificación científica de las materias y los métodos

de enseñanza, debido a Martrianus Capella quien en el siglo V realizó la conocida división en *Trivium*, donde aglutinó las materias que estaban relacionadas con el arte de la palabra: gramática, retórica y dialéctica; y *Quadrivium*, que engloba las artes de los números: aritmética, geometría, música y astronomía, fundamento de las enseñanzas universitarias. La Edad Media fue un período de creatividad, de innovaciones y de esfuerzos por seguir el camino; durante ese tiempo las cosas fueron cambiando dentro de esa Europa incipiente, y se produjo lo que el historiador Michael Mitterauer describe como una “serie de encadenamientos de circunstancias” que podemos observar por ejemplo cuando se originó la revolución agraria de la Alta Edad Media, que representó un factor clave para la evolución económica europea en su conjunto.

En suma, la Edad Media fue mucho más que un tiempo tenebroso, por lo que es necesario renunciar tanto a la imagen oscura que algunos mantienen como a la imagen dorada. El legado de la Edad Media es enorme, y esperamos que puedan apreciarlo y comprenderlo a través de la lectura y estudio de este libro.

2. Concepto de Edad Media

El término “Edad Media” fue acuñado a mediados del siglo XV por Giovanni Andrea de Bussi, obispo de Aleria, secretario del papa Sixto IV y responsable de la Biblioteca Vaticana. Aunque el concepto como tal tiene su origen en la publicación del libro *Historiarum ab inclinatione romanorum imperii decades*, escrito por Flavio Biondo (1388-1463), donde expuso que el largo período comprendido entre los siglos V y XV constituye una unidad histórica cerrada en sí misma y caracterizada por la aparición, a partir de las invasiones de godos y vándalos en Italia, de una lengua vulgar, que sustituirá a la lengua de la extinta latinidad romana.

La expresión quedó consagrada en el siglo XVII con la aparición de la obra de Cristóbal Cellarius o Keller, profesor de la Universidad de Halle, titulada *Historia medii aevii a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam*, publicada en 1688. Y de manera especial, a partir del siglo XVIII y sobre todo a lo largo del siglo XIX, cuando los pedagogos introducen en los programas de enseñanza una historia general e introducen el concepto y término de “Edad Media”.

El hecho de que el período comprendido entre los siglos V y XV se denomine “Medieval”, es debido a que desde el Renacimiento existía entre los historiadores y humanistas la conciencia de dos edades: la Antigua, sobre todo la época de Grecia y Roma; y la Moderna, que por entonces era la actual. Por exclusión había que admitir una edad entre ellas: la Media, la cual era con-



Figura 1. Flavio Biondo.



Figura 2. Cristóbal Keller.

siderada como un abismo del que volvió a salirse con el Renacimiento que inicia la modernidad. Esta “leyenda negra” en torno a la época medieval, se mantuvo, como hemos visto, bastante tiempo.

3. Periorización interna de la Edad Media

El largo período de tiempo que comprende la Edad Media, cuyos comienzos se sitúan con el inicio de las invasiones germánicas del siglo V, y su término, con la conquista de Constantinopla por los turcos en 1453, en términos generales, se divide en tres bloques temporales:

- Alta Edad Media o Tardoantigüedad, comprende los siglos V al X, período de formación del mundo medieval, denominada por los historiadores anglosajones como la Edad Media temprana o “edad oscura”.
- Plena Edad Media, siglos XI al XIII, también llamada Edad Media clásica o período feudal.
- Baja Edad Media o Edad Media tardía, que engloba los siglos XIV y XV.

No obstante, no se pueden marcar con exactitud unas fechas concretas, pues el cambio se produjo de manera paulatina tanto de la Antigüedad al Medioevo, como a la llamada Edad Moderna, por lo que el historiador neerlandés Johan Huizinga hablaba al referirse a los siglos XIV y XV del “Otoño de la Edad Media” (1919), aunque otros se refieren a ese tiempo como la “Primavera de la Edad Moderna”.

Aunque estos límites cronológicos, con escasas variantes, fueron aceptados sin discusión durante mucho tiempo y quedaron consagrados en la práctica docente e investigadora, conviene que hagamos algunas puntualizaciones:

Respecto al comienzo de la Edad Media, encontramos que unos autores fijan su inicio en tiempos de Constantino I (306-337), cuando se promulgó el Edicto de Milán (313); otros lo retrasan hasta la muerte del emperador Teodosio en el año 395. Los germanistas, por su parte, hicieron hincapié en la trascendencia que tuvo el año 476 cuando se puso fin al Imperio romano para marcar el fin de la Antigüedad.

Por su parte, Henri Pirenne sostiene que la Edad Media comenzó cuando se produjo la invasión musulmana y rompió la unidad del Mediterráneo que los bárbaros habían mantenido como herencia del Imperio. Por lo que el Medioevo no comenzaría hasta el siglo VIII.

Otra hipótesis adelanta el comienzo de la época medieval hasta la crisis romana de mediados del siglo III momento en el que, a la amenaza exterior: invasiones de francos y alamanes en el año 257, se unen las profundas alteraciones internas aparecidas durante los gobiernos de Diocleciano y Constantino, como pudo ser la tolerancia del Cristianismo como religión dentro del Imperio.

Por lo que respecta al límite cronológico final también existen diversos planeamientos. Para la historiografía marxista, la Edad Media finalizaría con la Revolución industrial y política del siglo XVIII, que dio paso a la modernidad capitalista. Esquema que asimismo defiende Fernand Braudel (1902-1985) y que, en buena parte, fue asumido por la Escuela Francesa de los “Annales”. Para otros, finalizaría con el descubrimiento de América, o en el caso de España, con la toma de Granada por los Reyes Católicos; y para otros, como ya hemos expuesto, el final de los siglos medievales lo marca la llegada de los turcos otomanos a Constantinopla en mayo de 1453.

4. Fuentes para el estudio de la historia medieval

Tomando las palabras del profesor Manuel Riu, podemos decir que se consideran “fuentes históricas” todos aquellos instrumentos, escritos, obje-

tos, restos y testimonios directos o indirectos que utilizamos para conocer los tiempos pasados y escribir su historia.

No obstante, las fuentes para conocer el pasado se nos presentan de manera muy diversa, tanto en la forma como en el número o en las condiciones de aprovechamiento, en función del momento histórico y el ámbito geográfico que deseemos estudiar. Por lo que el tratamiento de las fuentes para el conocimiento de los siglos medievales acarrea no pocos problemas y dificultades que complican sobremanera las posibilidades de establecer una clasificación o tipología.

La primera dificultad proviene de su desigual distribución, tanto cualitativa como cuantitativamente. Para el ámbito de la Europa occidental los documentos de archivo constituyen el elemento fundamental para la reconstrucción histórica; sin embargo, resulta poco significativo para otros ámbitos como el islámico o las civilizaciones asiáticas o africanas, donde cobran mayor importancia los trabajos arqueológicos.

Asimismo, encontramos una gran diferencia entre las fuentes existentes para un período u otro de los siglos medievales. Ya que para los siglos alto-medievales existe una carencia de fuentes, o bien las existentes ofrecen una escasa información, por lo que las referencias procedentes de las fuentes no escritas son indispensables para paliar la penuria y el laconismo de las fuentes escritas.

Otra característica de las fuentes medievales es el hecho de que hasta la Baja Edad Media tienen un origen clerical y ello, expone Léopold Genicot (1914-1995) “influye una vez más en su representatividad y sobre la significación de sus aseveraciones y sus silencios”. Esto obliga al historiador a actuar con suma prudencia a la hora de valorar unos testimonios que se ven lastrados por la parcialidad, porque sus autores, como indica Henri Pirenne, medían la importancia de los sucesos en función de lo que significaban para la Iglesia y centraban su atención en la sociedad laica en la medida en que se relacionaba con la sociedad religiosa. De esta manera, tópicos comúnmente aceptados, como el de la religiosidad del hombre medieval, derivan de esta unilateralidad de las fuentes y pueden cuestionarse seriamente cuando ampliamos el tipo de fuentes manejadas a otras que no se vinculan con la ideología dominante, como pueden ser las fuentes de carácter literario. No obstante, a medida que nos aproximamos al final del medievo, se va produciendo una multiplicación de fuentes, el monopolio eclesiástico cede paulatinamente, a la vez que mejora el léxico y el tratamiento de los datos cifrados.

Existen además otros muchos problemas concretos que se deben conocer en el momento de proceder al tratamiento de las fuentes medievales y que, de nuevo, L. Genicot resumió con claridad en su introducción a la *Typologie des sources du Moyen Âge occidental*, y dice así: “... de la mentalidad de la

época, especialmente de la obsesión por la antigüedad o, más generalmente, del respeto a las autoridades. En otros casos, es el vocabulario medieval el que plantea problemas: su pobreza o su imprecisión en los dominios técnicos y jurídicos...". Asimismo, hay que prestar atención a la propiedad intelectual y por consiguiente huir de lo que nosotros llamamos plagio; y, en consecuencia, de la falsificación, y de una cierta ligereza en el tratamiento de los datos cuantitativos, y de la ausencia de sentido crítico, con el único objetivo de la concepción de la verdad.

A la vista de lo expuesto, queda claro que cualquier clasificación de las fuentes medievales que se pretenda elaborar debe estar regida por criterios de flexibilidad y sus objetivos deben ser meramente indicativos y didácticos. En este sentido, cabría dividir las fuentes medievales en dos categorías formales: fuentes escritas y fuentes no escritas. Dentro de las primeras distinguimos, a su vez, cuatro grandes grupos: fuentes narrativas o cronísticas, fuentes literarias en sentido estricto, tratados jurídicos o doctrinales y documentos de archivo. Las fuentes no escritas también cabe agruparlas en cuatro apartados: restos arqueológicos, objetos artísticos y de cultura material, fuentes monumentales y urbanísticas, y testimonios del paisaje y de la naturaleza.

Para el análisis y estudio de estas fuentes resulta imprescindible para el historiador medievalista la utilización de las denominadas ciencias y técnicas historiográficas, siendo las más importantes: la Paleografía o ciencia de las escrituras antiguas, la Diplomática, dedicada al estudio de la forma externa de los documentos y su producción, la Epigrafía o ciencia de las inscripciones, estrechamente relacionada con la Paleografía y la Diplomática, la Numismática, dedicada al estudio de las monedas, la Sigilografía o ciencia de los sellos, indispensable para la historia social, la Heráldica o ciencia de los símbolos hereditarios, la Genealogía, es decir, el estudio de la filiación de las personas y la Onomástica, ciencia dedicada a la catalogación y estudio de los propios nombres.

Mención especial merece la denominada Geografía Histórica, pues se ocupa de asuntos diversos que atañen al conocimiento del mundo medieval. En primer lugar, en todo aquello que se refiere a los condicionantes físicos (clima, relieve, etc.) con influencia en el desarrollo del proceso histórico. En segundo lugar, en todo aquello relativo a la influencia de la actividad humana en la transformación del medio natural: roturaciones y colonizaciones agrarias, deforestaciones intencionadas, apertura de caminos y cañadas para el ganado, etc. En tercer lugar, por la aplicación de la Cartografía a la época medieval. Y, por último, por la utilidad de la Toponimia o estudio de los nombres dados por el hombre a las realidades geográficas.